

Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Córdoba, empezó a escribir muy joven, compaginando en la actualidad docencia y literatura. Ha leído sus poemas y cuentos en la radio, ha participado en certámenes literarios convocados en Andalucía y ha publicado diversos ensayos, así como un libro, *Manada de tres caras*, que combina poesía, relato corto e historia.

Juan Antonio Muñoz Castillo

(Córdoba, España)

Séptimo Accésit del Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

QUIERO SER COMO BERNAT

“Quiero ser como Bernat”. Tal fue la frase que en aquella mañana de julio —creo que era viernes—, dijo Florencio Ponormo al llegar al laboratorio. No lo hizo a la hora habitual, sino cuarenta y cinco minutos después. Estaba visiblemente tenso, como nunca antes le habían visto aquellos “curritos/as” —“becarios”— tan eventuales como anónimos. Pero el caso de Florencio Ponormo era punto y aparte. No era —no es— el típico “becario/a” al uso, que no sabe que sumisamente empleará sus jornadas, sus conocimientos y trabajo a cambio de una miserable paguita durante en torno a una década, para beneficio de otros/as, que no pasaron por ese eslabón intermedio, y a la postre, perdido, del curriteo,



sino trepando, al más puro y siniestro estilo soviético. A Florencio Ponormo, aquella mañana de primeros de julio, lo que le había dicho aquel catedrático —que, en buena parte, lo era gracias a anónimos “colaboradores” como él—, era que sus días en el laboratorio se habían acabado. No habían tenido ni la más mínima elegancia en mandarle una carta, sino llamarle por teléfono y decirle que subiera a la cátedra de ese edificio gris y prismático de la Facultad. Todo para darle una señora patada en el culo y mandarlo a la calle y sin derecho a paro, a los cincuenta años.

¡Pobre Florencio! ¿Echaría ahora mano, de sus compañeros/as de partido, en el que estaba discutido, como idealista militante de base, siempre crítico y aliado de causas perdidas? ¿Le lloraría a alguno/a de los/as apoltronados/as, a los que gratuitamente dio testimonio de su militancia a fin de que les dieran el carnet? ¿Acudiría a aquel, que, un día fue más que su amigo, a fin de que le dieran, otra oportunidad?

En principio, se quedó en la duda, pero a aquellos/as anónimos/as “curritos/as” del laboratorio les chocó que saltara con aquel “quiero ser como Bernat”.

Por una vez no se resignaba a su parca existencia. Quería llegar a ministro, ahora que se había quedado, de una vez, en la calle. Florencio Ponormo es el hermano mellizo —en bien poco se diferencian— de Benito Ponormo, considerado por muchos en su universidad-hongo, ex “CMU”, como el “megacurrito”. Tres décadas largas lleva colaborando como “interno” en un Departamento de la Facultad de “Letras”, y ahora estudian hacerlo profesor auxiliar. Pero Florencio no nació tan obediente

como su hermano, ni mucho menos. Rechoncho y membricorto, desde joven ha lucido frondosas barbas y el pelo "afro". Esto le costó ser expulsado del colegio de pago en el que estudiaba el Bachillerato y acabar el Instituto, "licenciado en BUP", pues ya andaba en políticas, y los "grises" lo enganchaban cada dos por tres. No contento, se fue a estudiar, fuera, con su ramplona nota del "COU" y la Selectividad. Si alguien ha probado a estudiar carreras, ese ha sido Florencio Ponormo. Empezó en "Peritos", en donde no superó el primero "selectivo", y se fue a "Políticas", en Granada. Y luego, a Madrid, a empezar Derecho. Y de ahí, a Valencia, con el carnet del partido en el bolsillo, y más en aquella sede de barrio que en las aulas de la Facultad de Económicas. No había manifestación pacifista, ni concentración antinuclear, ni huelga de estudiantes en la que no estuviera implicado. Ni fiesta de la cerveza, o del viaje de Estudios de la promoción tal ó cual en la que no estuviera implicado al máximo... para acabar volviendo a casa de su abnegada madre, ya viuda. Eran los años finales de los '70, cuando su hermano Benito volvió de la mili —había sentado plaza para no perder contacto con la Universidad—, y él, ya con su tercera "más que novia", que dice que ésta estaba embarazada, pero que él no quería casarse. Y no lo hizo.

Ya antes de empezar a hacer la carrera de "Biológicas", quería saber más de la cuenta. ¡Pobre Florencio! "PM 45" de hecho, pero no de derecho. Y aún recogía en una caja de folios vacía sus escasas pertenencias en el laboratorio, y pensaba ser "como Bernat". Padre primerizo de un niño cuya paternidad se disputaban hasta tres estudiantes tunantes distintos, llamado a filas por tercera vez, al no renovársele una prórroga dada por misericordia, no le reconocieron objetor de conciencia ni nada que se le parezca. Ni la ley "Gutiérrez Mellado" le libró de un "consejo de guerra" por "sedicioso".



Rapado y afeitado, con aquel mono gris pasó tres meses en huelga de hambre y le largaron la blanca por “LOCO” y “suicida”. Y entonces entró en el laboratorio, sin haber llegado siquiera a segundo de carrera. Ya entonces en el partido le conocían por “idealista”, y había quién le llamaba —quién lo diría, regordete y mofletudo— “muerto de hambre”. A Florencio, más de uno, y de dos, y de tres aspirantes a cátedra le encargaba que “colaborara”, y él lo hizo desinteresadamente, sin cobrar ni ún céntimo más de la mísera beca que consiguió arañar a fuerza de muchas, muchísimas horas de “curriteo” en aquel laboratorio, jugando a hacer “enzimas autorreplicantes”, “agar-agar” sintético, “cultivos de esporongonios hermafroditas” o quién sabe qué descabellado invento o descubrimiento de improbable aplicación práctica y útil en la vida real.

Ya andaba por su segundo hijo “biológico”, de vueltas de una temporada de ambigüedades —porque tuvo dos compañeras sentimentales, después, un compañero (y de muy buena familia, era su jefe de departamento), una y otro—, cuando le encargó uno que se las daba de “amigo Félix”, de llevar a cabo un proyecto:

-Verás: es que el gallipato es muy necesario y creo que... si tú les echaras cuentas, y tal y cuál... que necesito seis mil gallipatos para repoblar los humedales y las zonas recuperadas en las antiguas salinas de... Sí, ahí.

Durante tres años, entre otras muchas labores, Florencio fue el que llevó a cabo este proyecto. No logró seis mil gallipatos, sino sólo doscientos. Pero encariñado con uno de ellos, al que puso de nombre “Fluffy”, lo convirtió en su mascota y le hizo mutar en un monstruo del tamaño de un mastín de los Pirineos, con una pecera para él solito. Cuando el catedrático

"amigo Félix" vio lo que Florencio había hecho, aparte la correspondiente bronca, le dijo que se deshiciera del animalito, por otra parte, inofensivo, y que sólo comía moscas cojoneras, y a veces, algún bocadillo de la cafetería, que le bajara algún anónimo "currito".

Florencio se lo llevó a casa, cerca de la Navidad, envuelto en un "jersey" que tricotó su madre. Y la gente lo miraba al pasar:

- ¡Qué perro más raro!
- Es una iguana
- No. Es un dinosaurio.
- No. Eso lo han traído de la China.

En los "veinte duros" hay de esos. Pero, ¿qué podía hacer "Fluffy" el gallipato mutante, en el piso de "Sindicatos" con Florencio, su madre, su hermano Benito, una amiga o dos y un hijo/a o dos? Poca cosa. Y menos mal que se pasó aletargado seis semanas, aunque hubiera que poner en un "AmbiPur" en el cuarto cada seis días. Al final, Florencio, "bio-currito" curradero, le hubo de llevar al río, y si unos dicen que por ahí sigue nadando y comiendo patos y peces, otros dicen que un cazador, aguas abajo, lo abatió de seis disparos de escopeta hace seis años.

Mejor que esto último, Florencio nunca lo sospechara. Pero aún seguía en su pequeño "mar" de placas "Petri", pipeteando y moviendo los cultivos en el erlenmeyer de "cuarto de litro", cuando no sometiendo a los ratones albinos a mil y una pruebas experimentales, después firmadas y cobradas por algunos de sus ínclitos superiores, más ocupados en resolver



complicadas y bizantinas trifulcas decanales y rectorales, que en investigar de verdad. Para eso tienen en “nómina B” a sesenta y tantos curritos/as, del cual, el más “incombustible” era Florencio.

Un día, no hace muchos años, apareció por allí otro amigo ocasional de Florencio. Un tal Javier, al que vamos a llamar —porque así es— “el Ecologista”. Además, a sueldo de un jerarca del mismo partido del que es militante “de base” (pese a su antigüedad, nadie le daría un cargo, ni en la ejecutiva del barrio) el propio Florencio.

Llegó el Ecologista con un bote de “Poma Rosa” con la tapa perforada con pequeños agujeritos, y en el interior, tres topillos comunes. Por muy ecologista que fuera, se los había capturado un pastor en un pueblo de la Sierra, por cien duros. La excusa, un “experimento”. Lástima, se les ha ido de las manos.

— Verás, Florencio, me manda don...

— Sí, el nuevo decano. Es un gran investigador, un hombre de ideas y de palabra.

El Ecologista le pidió que sexara a los topillos, porque necesitaba obtener una nueva variedad de máxima prolificidad, habida cuenta que él y su cuadrilla se habían dedicado a superpoblar de rapaces criadas en cautividad media España, y ahora éstas no tenían qué comer. E incluso habló el Ecologista con Pelé y Melé en el Rectorado para que a Florencio le dieran otra beca. Tal fue la última dedicación de Florencio Ponormo en su laboratorio de biología. Laboratorio más conocido por él que por su



teórico titular, dedicado tiempo ha, a la investigación por cuenta ajena y la “alta política rectoral”.

¡Pobre Florencio! No le sacarán en “Tecnópolis” por hacer ingeniería genética para conseguir topillos mutantes capaces de multiplicarse exponencialmente hasta convertirse en una plaga de difícil solución. No. Y ahora que, indirectamente por su culpa los campos están estragados por los malditos topillos mutados con sus manos gordezuelas, dice que quiere “ser como Bernat”. Fue esa mañana cuando todo lo que se verdad tenía, se le derrumbó. La plaga parecía más que bíblica —era mucho menos, era cosa del Ecologista y sus secuaces—, pero sólo se ha cobrado una víctima, aparte las de la infecta tularemia: la beca de Florencio.

Cuando, hilo tras hilo, la madeja del origen de la plaga se fue desenredando, llegaron hasta aquella universidad “hongo” y submesetaria, con complejo de “CMU”. Y, cuando el Ecologista tenía las espaldas bien cubiertas, cobrando multas a espuestas, en el parque natural, apuntaron a don Fulano el decano. Éste dio nones por los topillos de los c..., y apuntó a su “mortal enemigo”, el catedrático Mengano. Este, tampoco sabía nada:

— ...eso es cosa del profesor Zutano. Es un “doctor Mengele” capaz de eso y de más.

Tampoco el profesor Zutano había metido en ese asunto la mano. El bulto de los topillos, cada vez más gordo, pasó al investigador Perengano. Y el tal gusano cabezón de Perengano, con sus dedos sarmentosos, apuntó a Florencio. Sin saber apenas de lo que había logrado —arruinar los



campos de Castilla con una plaga de topillos sin apenas control— pagó tragándose un marrón más grande que de Gibraltar el Peñón.

Y encima, sigue pensando que quiere “ser como Bernat”. Pero, ¿y si le dan el “Nobel”? Por lo pronto, algo ha logrado: ser el protagonista de esta pequeña semblanza de sus seres, estares, debes y haberes.